

I. La Esfinge.

*“Silenciosa como la noche,
hechicera en sus ojos,
amante en el silencio,
mortal en la palabra.”*

(Carmina Aravaca. Libro III, 118–122)

El senador Vero sonrió tratando de disimular su impaciencia. Desde el inicio de la cena había tratado de enfocar la discusión hacia el asunto que lo había llevado a concertar aquella reunión y en todas las ocasiones su escurridizo invitado había desviado la cuestión con la más desvergonzada indiferencia. Era indignante. En lugar de analizar los problemas y buscar soluciones, Lucio Saturo se había limitado a evadir el tema a base de picantes chascarrillos y sutiles alusiones hacia la humildad de la cena. ¿Y qué podía importar la cena? Él no era rico ni se obsesionaba con el placer. ¡Bastante había hecho con preparar la más espléndida mesa que había visto su casa desde la muerte de su adorada Marcela!

Aunque debía admitir que eso no era lo peor pues, ¿qué otra cosa podía haber esperado de él? Nada, pues nada que no fuera su propio placer o ambición interesaba a Lucio Saturo. Mario Vero agachó la mirada y concluyó que los pecados de Etreá debían ser muy graves cuando el Altísimo le mostraba el agua pero cegaba el pozo con el que saciar a su pueblo.

Para cualquiera que tuviera ojos Lucio Saturo, primo segundo del emperador Cleonte, debería haber sido la respuesta a la crisis del Imperio. Criado en la más alta cuna y dotado de un talento natural, parecía predestinado a resolver los muchos problemas que acuciaban a la Patria. Sin embargo, y para su decepción, había renunciado a su responsabilidad y se había dedicado a la corrupción y la molición.

Así había ocurrido años atrás cuando su primo le había ofrecido un mando en el Ejército. No sólo lo había rechazado sino que no contento con su negativa, había publicado una carta llena de demagogia en la que había explicado que la paz era la constructora de una nación civilizada y que él quería construir, no destruir. ¿Y cuál había sido la respuesta de la Plebe? Lo había aclamado. Todavía le hervía la sangre con aquello. ¡Que se lo hubiera dicho a las tribus que bullían en el Norte o a los cuados de Oriente! ¡Por el Dios de sus padres! ¿Es que todos estaban ciegos?

No había sido, sin embargo, lo más grave. Peor que su realidad era saber lo que podría haber sido y no era. Saturo, más allá de su sangre etrea, era un hombre que de habérselo propuesto podría haber sido el gran líder político que el imperio necesitaba. Pero nuevamente se había dejado seducir por la elección fácil. En lugar de dedicarse a ser el alma de la Casa Pública, se había aliado con los senadores más corruptos para robar, mentir y ganarse de nuevo el aplauso fácil de la Plebe a través de la demagogia mientras que sus actos demostraban una única guía moral: la inagotable necesidad de saciar su sed de placer.

Y lo triste era que, aun así, él era su última esperanza. Pero por más que lo intentaba era mezclar agua y aceite. Convencer a Lucio Saturo, primo segundo del mismísimo Cleonte II, de que debía dedicarse a la reforma del Imperio era más difícil que cualquiera de las tareas que se le hubiesen confiado al más infortunado de los héroes; con la diferencia de que él no era un semidiós ansioso de gloria, sino un hombre agotado que veía cómo el mundo que conociera y que quería defender se venía abajo. Pero no le quedaba más opción, y por eso lo tenía cenando bajo su techo, obligándose a contemplar a aquel personaje de pelo rizado y tez oscura que eructaba con desidia.

Lo veía y no podía creerlo, aquel libertino era su última esperanza. ¡Dios de mis Padres!, pensó, ¡qué bajo ha caído el Imperio!

El senador Saturo se sentía incómodo. Aquella reunión insufrible sólo le dejaba el sabor amargo de la pobreza en el paladar. La comodidad de aquel hogar era discutible y la única música que podía escuchar eran las cansinas palabras de Mario Vero y sus propias vísceras removiéndose como si fueran un mar tormentoso. ¡Por su primo Cleonte, si ni siquiera el solium merecía tal nombre!, pues, aunque tiempo atrás aquél hubiera sido un digno mueble, ahora no era más que una serie de listones de madera desgastada y remaches mal reparados. ¿Y qué decir de la habitación? ¡Qué humillación! Comiendo como un campesino, contemplando el impluvio donde se recogía la lluvia. ¡Jamás en su vida había tenido que hacer algo tan ultrajante! Y en cuanto a la iluminación, tan sólo faxes y algunas lucernas alumbraban la estancia sin ofrecer el mínimo espectáculo de luz que debía tener una casa senatorial por muy modesta que fuera.

Ahí no acababa todo. Si escandalosa era la casa, la cena había sido ridícula. Y no por culpa de los preceptos estoicos de Mario Vero, arcaicos por otra parte, sino por la absurda humildad de su anfitrión. La comida había sido una auténtica demostración de impericia culinaria: cebolletas asadas (poco hechas) con salsa negra y arenquitos (rancios) sumergidos en gárum (de baja calidad) como entrantes; codornices rellenas de castañas y pasas (poco delicadas) y pierna de cordero en salsa de naranja (rutinario) como principales y, finalmente, confituras y pastelillos de huevo y leche (postre de campesino, sin duda); todo ello regado con un vino con ciertas pretensiones pero aversivo a un paladar como el suyo, como si el vino que era bueno para un comerciante o un centurión tuviera que serlo también para un patricio de Etreá.

Furtivo, sonrió y recordó los banquetes que celebraba Ablio Pipilo. ¡Por Amor del Único! Estrellas de mar trufadas con dátiles de Palmira, sesos de pata helmática salteados con champiñones, ostras de Mikothoi con aderezo de pimienta del Oriente, panecillos kardashim² rellenos de almendras de Mitilene, pollitos no natos en su propio cascarón al horno...

² **Kardashim:** Originario de Kardash, ciudad costera al norte del Ifriya y que durante doscientos años disputó la primacía del Intertérrae Occidental a la por entonces joven república de Etreá. Tras tres terribles guerras, los étridos resultaron victoriosos y arrasaron la ciudad conquistando todo su imperio que asimilaron con diversos nombres, uno de ellos precisamente, el de kardashim que se refiere no sólo a la ciudad sino a todo el norte del Ifriya por extensión. (N. del Editor)

Todo ello servido en bandejas de oro e incrustaciones preciosas al tiempo que las bebidas eran escanciadas en cálices de Roselae mientras los esclavos se movían al son que tañían las liras. ¡Alto Cielo, allí sí que daba gusto vomitar para volver a comenzar la comida! Sin duda, era un infinito deleite el que podía cosecharse con la preparación adecuada. En cambio, aquella humilde cena era una ofensa al decoro que confirmaba que su anfitrión no era digno siquiera de que se hicieran abluciones al entrar en su casa. Aunque bien mirado, ¿qué otra cosa podía esperarse de él?

Mario Vero era un viejo amargado que no poseía más que su palabra como talento y su conciencia como condena. Quizás en la República no hubiera desentonado, pero en el Imperio era tan absurdo como una estatua en una porqueriza. Descendiente de uno de los linajes más antiguos de Etreá, pertenecía a una rama menor que había logrado salvarse de las matanzas que las guerras civiles y las luchas palaciegas habían provocado entre los patricios. Su padre, escaso en recursos y generoso en orgullo, lo había obligado a seguir desde muy joven las enseñanzas de los filósofos clásicos más que de los autores modernos, algo que, además de discutible en el orden teológico, en una sociedad moderna como la suya era un sinsentido que había dado como fruto a alguien como él, un loco miserable en hacienda y en espíritu que había renunciado al lujo de su rango para dedicarse a una existencia humilde. Y después de todo, ¿qué había ganado Vero tras más de veinte años gritando en el Foro? Una esposa a la que había sido fiel durante su vida y que había fallecido prematuramente sin darle un heredero, y dos tristes propiedades, una en la capital y otra en Ávrea, adonde en ocasiones se trasladaba para respirar el aire del campo o escribir sus fábulas y sus pesados tratados sobre agricultura. El día en que Mario marchase al otro mundo habría unas cuantas plañideras y poco más. ¿Qué era él sino un viejo, más en carácter que en edad, de vocecilla insistente que no ansiaba más que ser la mezquina conciencia de su pueblo? Siempre hablando de la necesidad de cambiar la sociedad, de aceptar a los bárbaros, de la promoción de los más capaces, de la urgencia de las reformas en la economía, en el ejército, en las estructuras de poder... Todo ello, ¡ciudadanos y senadores!, todo ello, como decía, antes de que el desastre se haga inevitable.

Lo vio allí, sentado frente a él, intentando reconducir la conversación y le vino a la mente su apelativo, *el Gusano agorero*. No pudo evitar sonreír, ese hombre no era nada. Sí, cierto era que en ocasiones sus discursos se habían traducido en recomendaciones que habían beneficiado a la Plebe y que éstas lo adoraban por ello. Pero, para ser sinceros, ¿de qué le había servido? Él mismo en tres meses de senador había ganado más oro del que jamás ganaría Mario, en una tarde de placer había desvirgado más doncellas que las que éste jamás hubiera catado, y en un momento de furia había mandado matar a más hombres de los que él jamás hubiera imaginado.

Ése era Mario Vero. No tenía posibilidad de adquirir un palacio y residía en una modesta casa de barrio de una planta, con un atrio, cuatro o cinco habitaciones y un miserable establo en el que apenas mantenía dos cabalgaduras resacas, una vivienda llena de muebles desgastados que reposaban sobre un suelo de mosaicos pasados de moda y que mostraban a un hombre amargado que lloraba la muerte de su esposa y añoraba tiempos lejanos.

¿Qué podía esperarse de un hombre así? Nada más que una cena irrisoria, una conversación teñida de viejos ideales y la pérdida de una noche de placer en su vida. Y, sin embargo, allí estaba, obligado porque la invitación de Mario en el Foro era la constatación de su importancia y porque rechazarla hubiera sido tanto como demostrar que su interés estaba alejado de la Casa Pública. Obviamente, era la verdad; pero, como bien sabía, la Plebe perdonaba que un senador se inhibiera de los problemas, pero nunca que lo demostrara públicamente. Así que, con todo el dolor de su alma ansiosa de placeres, había tenido que aceptar la invitación.

Mas, para su sorpresa, aquella cena insulsa había deparado en el descubrimiento de algo verdaderamente estimulante. Entre aquel cenagal de miseria había encontrado una flor que había atraído a su mente, eterna buscadora de deleites nuevos, como lo hace la buena mesa con los paladares exquisitos. Su nombre era Marcia, y había aparecido como un fulgor en mitad de tanta charla anodina. Era una esclava de su anfitrión.

¿Qué se decía?, era *la* esclava de Mario; la única presencia que merecía la pena de aquella estúpida situación. Un placer para los ojos que le había provocado incluso, por primera vez en mucho tiempo, un cierto azoro. Había servido los entrantes y cuando la había visto llegar, su amo estaba ponderando las virtudes de su familia y, en especial, de su primo Cleonte. Aquél era un discurso habitual y había podido seguirlo con los ojos cerrados mientras centraba sus pensamientos en la figura que sostenía la bandeja. Se trataba de una doncella de veinte, veintidós años, quizá algo mayor pero todavía robusta; con un pelo rojo que caía suavemente hacia atrás coronado por una sencilla diadema que, con buen criterio, era de cuero, pues cualquier joya no hubiera hecho más que desmerecer ante semejante belleza. Era un cabello de un color casi hipnótico, propio de los bárbaros del norte, aunque no como el que estaba acostumbrado a conocer, rígido y terco como una mula cuando se encela, sino ágil, suave. No, no era cobre su melena sino fuego derramado por su rostro. Y su piel no era como las que adornaban las caras de las mujerzuelas mofletudas que se vendían en las tabernas o las de las doncellas que por grado o fuerza había tomado hasta ese momento, sino que, para asombro suyo, aquélla aparecía sin mácula como el corazón de un diamante, mientras que sus ojos grises escondían una pasión que arrasaría estancias y lechos.

Toda ella era perfecta, no había error. Su rostro, dulce pero recio en carácter, tenía la fuerza que traen los bárbaros en sus envites. Una mujer de fuego y brasa, llama y tea, con hombros recios, pero no fornidos que se acostumbrarían a embestidas y pelea; de pechos firmes y prietos que no se vencerían con el tiempo; como no lo harían sus brazos, no enclenques y famélicos como los de las niñas patricias ni tampoco gordos y caídos como los de las criadas y las damas ajadas. No. Aquéllos eran brazos que atraerían amantes hasta encerrarlos dentro de ella... Una hembra digna de dioses, no de gusanos agoreros.

Interrumpiendo sus pensamientos, Mario Vero intervino:

—Volviendo al tema. Hay que ser conscientes de lo que los bárbaros están significando en nuestra sociedad y las reacciones de rechazo que algunos os empeñáis en alentar.

La muchacha volvió a entrar en la estancia. ¿Acaso podían compararse sus movimientos con las torpes maneras de las damas etreas? Damas, sí, pero educadas para conversar, instruidas para seducir. En cambio, Marcia no pretendía ser atractiva y al mismo tiempo no podía evitarlo. Y allí estaba, recogiendo las bandejas con los ojos pegados al suelo, llena de modestia y sumisión... ¡Alto Cielo! ¡Qué no daría por tener esa sumisión bajo él!

—¡Bárbaros, bárbaros, bárbaros...! —se mofó Saturo—. ¿Quién quiere preocuparse por ellos? Nuestros ejércitos aplastan a los que se nos oponen y a los que no, los federamos... —Cielos, ¡qué perfección de hembra!, dijeron sus pensamientos. Observa, Lucio, cómo se dibujan sus piernas, suaves y contorneadas como recias columnas de mármol esculpidas por el mismo Dércobo, hechas más para la contemplación que para el trabajo— ...y debemos reconocer su eficacia dentro de nuestra sociedad. Algunos de ellos se están convirtiendo en nuestros mejores funcionarios... —Manos hechas para seducir, para moldear caricias en el pecho de un hombre y dibujar ensalmos de placeres secretos que extasíen los sentidos o para aferrarse a la espalda y desgarrar la piel entre espasmos de lujuria— ...aunque valgan más para servidores e incluso esclavos. Todos forman parte de nuestra sociedad, porque el Imperio, es, ha sido y siempre será benevolente... —Gestos delicados, de gata en celo que reclama al macho y que permiten imaginar sensaciones nunca descubiertas—. Tal y como tú, por ejemplo, eres con —Hembra, diosa, esclava...— Marcia.

—¿Marcia? —preguntó sobresaltado Vero—. ¿Qué tiene que ver Marcia con todo esto?

—Sí, claro —tosió Saturo comprendiendo que había dejado que se le mezclaran pensamientos y palabras—. Me refiero a que ella es bárbara, ¿no?

—Sí, aravaca.

—¡Vaya!, —exclamó Lucio—, parece que están de moda... —Por un momento dudó, pero animado por una extraña excitación que debía reconocer como imprudente continuó—. ¿Cómo la adquiriste? Lo digo como ejemplo de lo que te estoy exponiendo.

Imposible, renegó en su mente Mario. Otra vez lo ha hecho. Tenemos el problema delante y este libertino es incapaz de hablar seriamente de ello.

—Marcia me fue ofrecida por Dermio hace ya más de tres años, tras la muerte de Marcela.

—El Altísimo la tenga en Gloria.

—Me hizo un buen precio. Resultó ser muda y ya sabes que las taras abaratan el coste.

—Pero los aravacos son federados, ¿no?

—Al parecer fue vendida por su familia para salir de la pobreza.

—¿Y lo consiguieron?

—Dado el precio que pagué por ella y que estaba Dermio por medio, lo dudo.

—Ya —Muda. Mejor, que así hable con su cuerpo, sus manos, su lengua...

—Durante los últimos tres años la he tenido aquí... —sonrió Mario—. Es la hija que nunca tuve. Silenciosa, fiel... —De pronto, una idea cruzó la mente del senador quien miró a su invitado y sus pensamientos comenzaron a cobrar sentido. No era posible; de ser así resultaría casi una burla del destino. Aunque ni siquiera Lucio se atrevería a tanto... ¿o sí?— Te veo muy interesado en Marcia.

—¿En Marcia? —preguntó Saturo asustado en sus pensamientos. ¡Reacciona, Lucio! ¡Reacciona!— ¡No, ni mucho menos! Es una forma de hablar, una forma de conocer más de ti, el hombre críptico del Imperio —sonrió—. De todos modos, tienes razón al señalar el tema. Lo importante es la situación de los bárbaros en la Patria. Y si quieres oír mi opinión, mi verdadera opinión...

El senador Vero observó que su invitado, por fin, empezaba a hablar.

Sin embargo, no se sintió satisfecho. Una sospecha cruzaba su alma y ese sentimiento lo inundaba de inquietud.

Mario Vero levantó la mano y vio alejarse la comitiva de Saturo hasta desaparecer entre las sombras. Tras él se encontraba el fiel Magencio, su viejo esclavo y consejero. El sirviente permanecía en silencio a la espera de las palabras de su amo. Era un hombre de piel oscura, originario de las lejanas selvas del sur, más allá de los desiertos del Darién, de pelo cano y con la cara marcada por los tatuajes de su tribu que, olvidada ya, procuraba esconder tras una tupida barba. Sus tareas habituales comprendían el cuidado de las monturas, esqueléticas y viejas como él mismo, y acompañar a la vieja Hermia y a la joven Marcia. Pero su labor fundamental en la casa era la de amigo y confidente, un trabajo por el que cualquier hombre hubiera matado y que hubiera sido un privilegio impensable de no ser por su condición de esclavo.

Apenas vio desaparecer la comitiva de Saturo el senador preguntó sin girarse.

—¿Conoces, Magencio, la fábula de Sertorio y la serpiente?

—No, mi señor.

—El buen Sertorio poseía un campo de trigo que le daba una harina fragante con la que hacía el mejor pan de la región. Pero tenía un problema: los ratones destrozaban sus cosechas. Aquello amenazaba con arruinarlo y aunque había buscado soluciones nada parecía ser eficaz contra los roedores. Por fin, un día, paseando por el campo y tratando de encontrar una luz que lo iluminara, encontró una pequeña serpiente. Su primer instinto fue matarla, pero enseguida razonó que quizá pudiera ser la solución que buscaba, así que le habló. “Mira”, le dijo, “yo tengo un grave problema: mi campo está lleno de ratones y, dado que las serpientes coméis ratones, he pensado que tú y yo podríamos hacer un trato provechoso para ambos. Tú acabas con ellos sin molestar ni a humanos ni a animales y yo dejo que vivas en paz”.

“Me parece un trato justo”, respondió ella y así, sellaron su amistad.

»Durante un tiempo, todo pareció ir bien. La serpiente cumplió con su cometido y Sertorio la dejó vivir en su campo. Pero llegó el invierno y con él las heladas. Y una noche, el animal, como siente el calor desde lejos, se dirigió a la casa de Sertorio. Aprovechando una rendija, la serpiente entró en su hogar y, puesta a buscar el mejor sitio para pasar la noche, se decidió por la cuna donde dormía el primogénito. Subió hasta ella y una vez allí se enroscó sobre sí misma tratando de no molestar al niño. Pero, ¡ay, una serpiente es siempre una serpiente!, y siguiendo sus instintos comenzó a plantearse morder al retoño. “No”, se dijo, “he hecho un trato y debo cumplirlo”, pero después pensó que también sería agradable probar la sangre de un humano y que la de aquel hijo de hombre parecía sabrosa. Y de ese modo estuvo razonando hasta que por fin pesó más la naturaleza que su palabra y mordió al niño. —El senador se detuvo para contemplar a Magencio pesaroso—. Me temo, querido amigo, que acabo de meter una serpiente en nuestra casa.

—¿Tan serio es?

—¿Qué pensarías tú, si durante toda la cena hubieses estado intentando hablar con un hombre que elude un tema y de pronto, cuando se está hablando de algo intrascendente, te dice lo que tú llevas deseando oír desde hace mucho tiempo? Lucio ha venido aquí con intención de no implicarse en mi conversación —negó pesaroso— y ha terminado aceptando el debate al encontrar algo que, conociéndolo, ha inspirado sus peores instintos.

—¿Y qué puede ser eso, mi señor?

—Mi querido Magencio —dijo Mario con tristeza—, Saturo ha decidido, mientras estaba diciéndome aquello que yo quería oír, que Marcia ha de ser suya de una manera u otra.

El senador permanecía arrodillado ante el altar de los dioses del hogar. Por cientos de años esos dioses, ahora considerados como supersticiones pasadas, habían sido generosos con su familia.

Generación tras generación, los Vero habían ido sobreviviendo y prosperando en un mundo demasiado cruel para una gente que, como su gens anunciaba, había querido mostrar la verdad en un mundo donde sólo la mentira prevalecía. Y así había sido hasta que, sesenta años atrás, a causa de la abjuración del viejo emperador Celedonio de las creencias de sus abuelos en favor de la nueva fe del Cultismo³, su padre, Apio Vero, se había visto obligado a incorporarse a la nueva religión rechazando públicamente la fe idólatra de sus antepasados. Sin embargo, a pesar de que lo aconsejaba la prudencia, Apio no había destruido el altar, sino que lo había trasladado a una habitación olvidada. Mario nunca lo había visto rezar allí ni tampoco lo había oído arrepentirse de su decisión pero, por un motivo que le había estado oculto mucho tiempo y que al fin comprendía, no había destruido el lar de sus antepasados.

Y ahora, como muchos predecesores suyos en tiempos de dificultad, también él estaba de rodillas ante pequeñas estatuillas no mayores que sus dedos, con una temblorosa lucerna encendida y apretando con fuerza la imagen más reciente de todas las que allí residían.

—Marcela, esposa mía —suspiró apretando la figura como si sus dedos pudieran devolverla a la vida—, dame fuerzas, porque desde que tú me faltas siento que cada vez me es más difícil cumplir con mis obligaciones. Tú ves que lo intento, que no falto en la Curia para alzar mi voz y que no escatimo esfuerzos; pero cuando comprendo que lo que hago sólo sirve para alimentar los apetitos de cuervos como Saturo siento que las fuerzas me huyen.

Lentamente el senador se alzó, contempló la estatuilla y sonrió dejándola sobre el altar.

—Qué el Altísimo me perdone si esto es idolatría —murmuró—; pero te echo de menos.

³ Se refiere a la Conversión de Epaderno, fechada en el año 358, en la que Celedonio, de visita en dicha ciudad, declaró ante los emisarios de todo el Imperio que se convertía al Culto abjurando de las creencias paganas anteriores. (Nota del Editor.)

Marcia estaba sentada sobre su cama con la espalda apoyada en la pared iluminada tan sólo por los rayos de luna que entraban por la ventana. Estaba todavía vestida y no se había preparado para dormir, pues gustaba de esperar a que todos se acostaran para hacer lo propio. De pronto, un sonido de pasos la sacó de su ensimismamiento y, siguiendo escondidas costumbres, su cuerpo se puso alerta. Dirigiendo la mirada a la cortina que cerraba su habitación vio cómo un reflejo tenue se acercaba y vislumbró la sombra de Mario aproximándose. La muchacha se sorprendió. Cierto que era su amo y que tenía derecho a entrar cuando quisiera, pero no era menos cierto que hasta el momento, y ya iba para tres años que le pertenecía, el senador no había intentado en ningún momento profanar la habitación que le había otorgado como morada.

Sonaron un par de golpes en la pared y no supo cómo reaccionar. No podía hablar ni tampoco sabía responder a esa llamada ya que, al ser siempre la primera en despertarse, hasta ese día nadie había tenido necesidad de tocar a su puerta. No tuvo que esperar demasiado porque Mario descorrió levemente la tela para preguntar: ¿Puedo pasar? La muchacha, desconcertada, asintió, y el hombre entró para sentarse junto a ella y tomarle con dulzura la mano.

—Marcia... —comenzó el senador nervioso—, tengo que hablar contigo. Sé que es una hora extraña para entrar en tu habitación... —Mario la miró fijamente y pudo contemplar sus ojos grises y en ellos, como en un espejo, la figura reflejada de un viejo azorado ante una joven que lo miraba con curiosidad. Aquella imagen lo detuvo y le hizo permanecer en silencio. Tardó un poco en recobrase y para entonces Marcia sonreía tranquila, lo que en cierta manera lo calmó—. ¡No parece manera apropiada de presentarse para uno de los principales oradores del Senado! —La muchacha asintió nuevamente divertida—. Sí —aceptó él—, desde que perdí a mi pobre Marcela jamás pensé que yo pudiera volver a... —Mario negó para sí y apoyó dos dedos en la frente al tiempo que lanzaba un fuerte suspiro—. La verdad es que cuando Marcela murió por la Plaga creí volverme loco.

Tú no lo sabes, y espero que no lo hagas nunca –dijo mientras le apretaba la mano–; pero ver partir a quien amas es el peor de los suplicios. Para mí fueron los más crueles años de mi vida. Vivía obsesionado con la idea de envejecer solo. Durante ese tiempo intenté sobrevivir inmerso en el Senado, en la escritura y en hablarle a ella... ¡Ya sé! –dijo encogiéndose de hombros–, Magencio dice que no es conveniente, y no dudo de que tenga razón, y también que si alguien llegara a saberlo se me podría acusar de idolatría y comprometer mi posición. Pero, ¿qué quieres que haga si no puedo olvidarla? –El senador permaneció en silencio por unos instantes y tras recuperarse de su acceso de tristeza, continuó–. Aun así, el tiempo pasa, y aunque no la olvide sí he sido capaz de acostumbrarme a su ausencia. Y en este viejo corazón... bueno, han logrado nacer otros sentimientos. –Mario observó que la muchacha comenzaba a cambiar el gesto y alzó la mano, imperioso–. ¡No! ¡No intentes hacer nada! ¡Déjame! ¡Tengo mucho que decir! –Tras esto, cerró los ojos y continuó–.

»Sé que sabes que él te vendió a mí como... no sé si me entiendes, como concubina. –La muchacha no hizo ningún gesto–. Yo pensé, viendo tu belleza, que quizás con el tiempo eso llegaría a ocurrir y que mientras tanto podrías ayudar en la casa. Pero eso nunca ha sucedido –Mario vio cómo la muchacha asentía y bajaba su mirada en señal de sumisión. El senador llevó su mano a su barbilla y la levantó–. No, no he venido aquí con esa intención.

»Verás, durante el tiempo en que mi pobre Marcela y yo estuvimos casados, sólo hubo una nube que ensombreciera la felicidad entre nosotros: la falta de hijos. Jamás quisimos saber de quién era la culpa, si de ella o mía. Nos asistieron augures, sacerdotes e incluso esos médicos gracos de los que tanto se habla; pero nada resultó. Y, como ese tipo de cosas que se dan por inevitables, nos acostumbramos a la idea de que nuestra vejez no se viera acompañada con una descendencia. Cuando ella murió, si yo hubiera tenido algún hijo la soledad no se hubiera hecho una tortura y quizás las cosas hubieran tomado otros pasos; pero no fue así. Por eso, cuando llegaste aquí me sorprendió la forma en que te adaptaste a la casa.

Magencio y Hermia te adoran y con tus ganas de correr, chicuela, con tu sonrisa y tu manera de ser... puedo asegurarte que tu presencia ha sido un placer que nos ha conquistado a todos.

»Así, cuando el tiempo pasó, abandoné la absurda idea de hacerte mi amante y acogí en mi mente una idea más absurda aún: adoptarte —la joven se retiró y Mario pudo contemplar el gesto de asombro de la muchacha acompañando a aquellos ojos grises más abiertos que nunca—. Supongo que es una sorpresa para ti —sonrió—; pero hace tiempo que lo tengo en la cabeza y, si te sirve de tranquilidad, Magencio está de acuerdo con que te conceda mi gens.

»Yo hubiera deseado manumitirte y adoptarte legalmente hace ya meses, pero hay circunstancias por las que no puedo. —La muchacha, todavía no recobrada del asombro, miró con extrañeza a su amo—. La culpa es la naturaleza de Etreá. Verás, yo soy pobre; tengo elegido ese destino para mí y actúo en consecuencia. Vivo humildemente y no me quejo cuando me perjudica porque ha sido mi elección. En cambio, tú eres la criatura más bella que ha visto nunca esta ciudad. Y, bueno, por ahora tan sólo eres una esclava. No sales apenas de la casa, y cuando lo haces eres tan discreta que casi nadie ha reparado en tu presencia; pero si te adoptara como hija, siendo como soy un senador, tendría que hacerlo en una ceremonia pública. Y eso, mi querida Marcia, sería intrínsecamente peligroso para ti. Que contemplara tu belleza la ralea de cuervos que corre por el Senado sería tu infortunio. Cualquiera de ellos podría acudir al Emperador y concertar un matrimonio sin mano. ¿Entiendes qué es eso, querida? —La muchacha negó—. Un matrimonio sin mano es un matrimonio donde se permite el divorcio o el repudio. Es decir, cualquiera que te concediese el Emperador como marido disfrutaría de ti y podría expulsarte de su casa, como ya ha habido casos, siendo la burla de todos y sin poder admitirte de nuevo en mi hogar sin caer en el deshonor. Y lo peor de todo es que no podría negarme. Si el Emperador decretara tu matrimonio ni mi influencia ni mi voluntad valdrían de nada, ¿lo comprendes? —la muchacha asintió—. En cambio, si te mantengo como esclava, si eres mi propiedad, ni siquiera el Emperador podría obligarme a cederte. Y ése es el motivo de que hasta ahora no te haya liberado.

»No es que no pensara en todas las posibilidades. En mi testamento, por si algo me ocurriese, te he adoptado formalmente, así que según él eres mi hija, por lo que mis tratamientos, por pocos que sean, te corresponden como única heredera de mi gens; y eso te daría una libertad como cabeza de familia que no podría romper ni el mismo Cleonte. Esta casa y la de Ávrea serían tuyas con todo lo que contienen. —La muchacha hizo un gesto de rechazo y nuevamente Mario la detuvo—. ¡Déjame que continúe! En ese caso Magencio y Hermia también obtendrían su libertad; aunque los dos tendrían la posibilidad, si así lo desearan, de seguir a tu servicio. Y puedo asegurarte que lo hubieran hecho, Magencio estaba de acuerdo y también Hermia, así que todo hubiera estado arreglado.

»Pero, para mi vergüenza, ha ocurrido algo que no había previsto. Esta noche he cometido uno de los mayores errores de mi vida. He permitido, sin darme cuenta de lo que estaba haciendo, que Lucio Saturo te vea. No sé cómo he sido capaz de estar tan ciego... —La muchacha se encogió de hombros con gesto despreocupado—. ¡Sí! —hirvió Mario nervioso—. ¡Sí hay problema! ¡Saturo es más que un senador! ¡Es el primo de Cleonte! Incluso hay quien dice que puede ser candidato a sucederle... —La muchacha sonrió—. No lo entiendes, ¿verdad? —se desesperó él—. ¡Saturo no es hombre acostumbrado a recibir negativas cuando se trata de su capricho! Y ahora tú eres uno de ellos. He podido leer en su cara igual que podría haber leído en los Mármoles Caputinos⁴ y sé que ha salido de aquí pensando en poseerte por grado o por fuerza.

»Si Lucio se empeña te conseguirá y yo no podré evitarlo. No va a entrar aquí públicamente, es demasiado listo para eso; pero también es una araña paciente capaz de esperar a la menor ocasión en que te encuentre desprotegida para... —Mario, súbitamente notó que las palabras no le salían de la garganta—. Y si eso ocurriera, si eso ocurriera... debería matarlo. —Ella cambió el gesto hacia una tristeza que conmovió a Mario—. Lo sé, hija mía, lo sé, pero mi honor me lo exigiría. Y cuando eso ocurriera la venganza del Emperador sería terrible. A mí me torturarían hasta la muerte y a ti, como causante de todo, te reservarían un destino que no quiero ni imaginar.—

⁴ **Mármoles Caputinos.** Se refiere a las lápidas grabadas en mármol que Remo Caputino, segundo rey de Etruria, concedió a su pueblo como código legal y que en la Antigüedad eran considerados por muchos como el paradigma de la justicia por la claridad de su formulación. (N. del Editor)

Con lentitud, la cabeza de Mario fue descendiendo hasta ofrecerle la coronilla—. ¡Perdóname, hija mía, no he sabido darme cuenta hasta que era demasiado tarde! —Marcia, desconcertada, alzó su mano y la posó sobre la cabeza de su amo que sollozó sigilosamente—. Por eso he venido. Para advertirte del peligro. Te he provocado un gran mal —y al decir aquello se levantó, se giró y comenzó a andar hacia la puerta. Sin volverse, se detuvo y, sintiendo que le comenzaban a arder las entrañas, añadió—. Si deseas no seguir viviendo en esta casa quiero que sepas en el lar de la familia, tras el altar, hay escondido el documento que acredita tu manumisión. Junto a él, hallarás una bolsa con el oro que tengo disponible. La verdad es que no poseo mucho más —sonrió. Tras esto, dudó un poco y añadió sin mirar atrás—. Si a pesar de eso, eres capaz de perdonarme y quieres seguir aquí, aunque mi brazo no sea fuerte, te prometo que sabré hacer frente a mi responsabilidad. Hagas lo que hagas, quiero que sepas que durante estos tres años has hecho que sienta que mi vida, aun sin Marcela, ha merecido la pena.

Y sin decir más, salió y la dejó sola. Marcia giró la cabeza a su alrededor y contempló con lágrimas la luz de la lucerna que su amo había dejado olvidada en el suelo. Y por primera vez en años, lamentó con toda su alma no haber podido pronunciar una sola palabra.

Entre los ambientes más oscuros de Etreá, Ténébras era un susurro cuya sola mención bastaba para asustar a muchos que presumían de no temer a nada; pero para él no era más que el disfraz que se interponía entre su vida y su trabajo. Al contrario que la mayoría de los matarifes que deambulaban por la ciudad, no necesitaba presumir ni sentía placer al saberse temido. Le bastaba con la apariencia de una vida normal. Comprar pan en la tahona, saludar a los comerciantes del barrio o sonreír amablemente a las tímidas miradas de la hija del carpintero. No se engañaba. Sabía quién era y lo que hacía, y no era tan hipócrita como para llorar ante los patriarchas⁵ o escudarse en falsos argumentos. Matar era su medio de vida. Hacía lo que hacía y, dentro de lo posible, mantenía su ética.

⁵ **Patriarchas.** Nombre con el que se denominaba a los sacerdotes del Culto hasta el siglo VI. (N. del Traductor)

No obedecía más órdenes que las del oro y, pese a no estar adscrito a ninguno, había conseguido el respeto de los collegiums⁶. Quizá no fuera demasiado, pero ese nombre bastaba para mantener en él un difícil equilibrio entre su cordura y su moral que le era esencial para dormir tranquilo.

Sin embargo, aquel asunto amenazaba con romper ese equilibrio. La culpa la tenía su cliente, Lucio Saturo, un hombre al que ni siquiera él se había atrevido a decir que no. No se trataba de oro sino de sentido común. Demasiado poderoso como para ofenderlo y suficientemente hábil como para llegar hasta él, no era alguien con quien se pudiera jugar. Daba igual que le repugnara la tarea; así fuera marchar al mismísimo Averno, hubiera tenido que hacerlo si aquel hombre se lo hubiera encargado. Con un reniego pensó que quizás fuera el momento de cambiar de vida. Atarse a ese cliente era peor que hacerlo con un collegium y la prueba era que participaba en un negocio que le repugnaba hasta lo más hondo de sus entrañas.

Un vendedor de telas le sonrió y aquello lo calmó un poco. Los mercaderes siempre le sonreían, pues cuando lo miraban veían a alguien como ellos. Su aspecto étrico: mediana estatura, complexión fuerte, pelo rizado negro y barba oscura, les agradaba. Solícito en la ayuda a las mujeres que llevaban fardos demasiado pesados y lleno de una amabilidad que hacía que cualquier susceptibilidad desapareciera, la gente tendía a confiar en él. Era verdad que llevaba una espada corta al cinto, pero ¿acaso alguien conocía a un ex legionario que pudiese vivir sin llevar un arma? Bastante hacía con llevar capa y aceptar las formas en un barrio como aquél.

Una vez que los vecinos se hubieron acostumbrado a él, comenzó a actuar. No alteró su ritmo ni dejó de sonreír frente a las mercancías de los mercaderes, pero desde ese mismo instante sus ojos se dirigieron hacia todos aquellos detalles que pudieran ser de su interés.

⁶ **Collegium.** Nombre que recibían en el Imperio las hermandades de asesinos y ladrones. (N. del Traductor)

Guardándolos en la memoria, comprobó con la escrupulosa precisión del artesano cómo se cerraban los callejones, las diferencias de altura entre la acera y calzada, las ventanas y puertas, la clase de gente que habitaba las casas y la posibilidad de que hubiera armas. El resumen era sencillo. No era un lugar fácil al que acceder ni del que escapar.

Satisfecho, decidió dar una última vuelta antes de marchar a rendir cuentas a Saturo. Sin embargo, una extraña sensación lo detuvo haciendo que un extraño escalofrío recorriera su columna vertebral. Su instinto militar le decía que estaba siendo observado por unos ojos que sabían. Aquello lo convirtió en piedra. Tratando de calmarse, se dio la vuelta y comprobó que desde la casa del senador Vero una mirada lo examinaba; y aquello, tan inesperado como difícil de explicar, hizo que su dedo meñique comenzara a temblar.

Procurando no parecer asustado pero inquieto por la posibilidad de haber sido descubierto, Ténebras dio un par de pasos hacia atrás para esconderse entre las sombras de la tarde.

Desde la ventana Magencio contempló cómo el hombre se perdía entre las sombras. Resignado, se giró y vio que Marcia, junto a otra ventana, lo observaba atentamente.

—Ya ha empezado —murmuró mientras caminaba hacia el atrio.

Al pasar a su lado la muchacha lo detuvo con la mano. Él no supo reaccionar hasta que ella le levantó la camisola para descubrir la gladius⁷ que llevaba al cinto. No parecía decir nada ni tampoco juzgarle, simplemente contemplaba la espada con tristeza.

—No es por ti, Marcia —mintió—. La vida en Etreá es cada vez más insegura.

⁷ **Gladius.** Espada corta etrea, de uso común en las legiones imperiales y por extensión en todo el Imperio. (N. del Traductor)

Ella sonrió y él se sintió ridículo. Se observó a sí mismo, viejo y cansado, y pensó en ella. Tenía esa extraña capacidad de hacer sentir a los hombres con sólo mirarlos. Esos ojos grises, esa expresión sincera que en el fondo la hacía más sabia que los demás... La contempló un momento y supo que comprendía los motivos de Saturo para desearla, los de Mario para adorarla y también los suyos para morir defendiéndola llegado el caso.

—¡Cielos! —murmuró—. ¡Si pudieras hablar serías capaz de hacer caer al propio Imperio!

Ella volvió a sonreír y a falta de palabras acercó sus labios a él y lo besó en la cara haciendo que Magencio sintiera que se le rejuvenecía el alma.

Llovía con fuerza. Las nubes se habían cerrado sobre Etreá y descargaban el agua con la furia del año recién nacido⁸, pero Marcia no se sentía asustada. Subida a su camastro distinguió por la ventana las dos figuras escondidas bajo las sombras y supo que no había salida. De un salto bajó al suelo y caminó hacia el pequeño arcón que descansaba en la esquina. Era un baúl de madera con pequeñas filigranas que representaban unos jinetes galopando mientras los legionarios etreos huían. Era la única pertenencia que había traído con ella y que Mario, por supuesto, le había respetado.

Acarició con el dorso de los dedos las figuras y movió los labios como si murmurara una oración. Tras eso tanteó los bordes y pulsó un resorte abriendo el doble fondo. De forma ritual fue sacando sus ropajes y extendiéndolos sobre la cama. Una vez hecho eso, se quitó el supparum y la diadema, los dejó sobre el suelo y agitó la cabeza para recoger su melena con una mano mientras que con la otra la fijaba con una tira de cuero. Se giró levemente y se contempló en el reflejo del espejo para comprender que había cambiado mucho desde la última vez que había vestido así. Abrió el broche del vestido y lo dejó caer, haciendo lo mismo también con la camisa que depositó encima de todo cuando ya estaba completamente desnuda.

⁸ Hay que recordar que el año etreo, diferente del año del Culto, comenzaba con la llegada de la primavera; considerándose esta estación como la del nacimiento, el verano como la juventud, el otoño como la madurez y el invierno como su senectud. (Nota del Editor).

Instintivamente volvió a mover los labios en otro mudo ritual mientras acariciaba, bordeándolo, un pequeño tatuaje sobre el ombligo. Era un pequeño caballo coronado por un semicírculo con el que parecía formar una circunferencia. Sintió un extraño temblor al tocarlo, pero cuando devolvió la mirada hacia la ropa cualquier duda que pudiera haberla asaltado acerca de esa jornada y las que le pudieran seguir se había disipado.

Tomó la camisa oscura y como le habían enseñado sus *tachen*⁹ se la puso comenzando por el brazo derecho orientado hacia el albor del sol y continuando por el izquierdo hacia su ocaso. Después tomó los brazaletes de cuero, anchos y pesados, y los ató a las muñecas. Tras esto vinieron los pantalones de piel de ciervo y por último los perums, hechos para caminar grandes distancias. Vio el peto laminado de cuero que quedaba encima de la cama y dudó en cogerlo. Lanzó una mirada hacia la ventana y recordando la lluvia optó por dejarlo. Finalmente, tomó el manto de algodón negro con bordes rojos y al ponérselo se supo preparada.

Sin utilizar la lucerna corrió la cortina y se dirigió hasta el lar. Empujó la puerta y sin abrir los ojos caminó acariciando los muebles para hacerles cobrar forma en su mente. Encontró el altar donde estaban la bolsa y los pergaminos. Tocó los documentos y sonrió mordiéndose el labio inferior. Era el momento. Giró en redondo y salió del lar dejándolo como lo había encontrado.

Cruzó el atrio y salió al establo. Allí fijó las manos en la columna más gruesa y comenzó a trepar por ella. Los rayos cubrían la noche y al llegar arriba vio que las dos figuras que esperaban fuera de la casa se movían inquietas. Allí comenzaba todo. Cuidadosamente caminó entre las tejas y buscó un lugar para saltar. De reojo, notó que uno de los hombres había salido corriendo calle atrás, seguramente para buscar ayuda o para tener mejor ángulo; el otro, en cambio, permanecía inmóvil procurando no ser visto.

9 **Tachen**. Del aravaco ‘maestro’. (N. del Traductor)

Saltó al suelo y sintió cómo el dolor de la caída quemaba sus pies, aunque sin pasar de la molestia momentánea. Quedó agachada y notó el frío del barro entre sus dedos. Extendió las manos y dejó que la lluvia golpeará en ellas para liberarlas de la tierra. Rápidamente sus ojos se dirigieron hacia la casa donde llevaba tres años residiendo y volvió a sentir el calor y el afecto que latían tras esos muros. Por un instante deseó haber nacido etrea; entonces negó su propio pensamiento, sólo una namütter podía terminar aquello.

El sicario miró a su compañero y le hizo un gesto de incomprensión. ¿Qué infiernos estaba pasando? La muchacha había saltado desde el tejado en una noche como aquélla. ¡Que los diablos la llevarán! ¿Acaso quería huir? Si era así, tenían un problema. Eran dos, cierto, y no deberían tener dificultades para hacerse con una esclava, pero Ténébras había dejado muy claro que la chica debía llegar sin marcas hasta su cliente. El plan estaba trazado; de momento sólo había que controlar la casa sin ser advertidos.

El sicario no conocía el nombre del cliente ni tampoco le importaba. Le bastaba con que Ténébras hubiera dado las órdenes. Sabía lo suficiente como para comprender que aquel que les pagaba generosamente era alguien a quien no convenía contrariar. Corría el rumor de que alguno que había cometido el pecado de la imprudencia en sus asuntos había aparecido muerto por farashim y la sola idea era suficiente para no querer pisar ese charco. ¡Malditas fueran las mujeres! ¿Qué hacía esa perra? ¿Qué valor podría tener una doncella con la pierna quebrada? Conteniendo el aliento observó cómo se levantaba tras un salto que podía haberla dejado tullida. Al verla levantarse sin aparentes problemas, el sicario suspiró aliviado. Al menos, eso era una buena noticia. Y con desprecio pensó que sólo una bárbara era tan insensata como para salir así en una noche de tormenta.

La cuestión que tuvo que plantearse después fue otra, ¿adónde iba?

La vio meterse por una calleja y asintió hacia su compañero. Fuera cual fuera su destino, ellos lo descubrirían.

Ténebras estaba frente a la mesa del senador mientras este escribía silenciosamente. La pluma rasgaba la tela con un ritmo cadencioso y Exactor pudo ver que la letra de su cliente era bella aunque algo artificiosa. No hizo ningún gesto que mostrara su opinión, aunque en su interior llegó a la conclusión de que los trazos de la escritura no siempre muestran las actitudes del alma, pues según conocía, Lucio Saturo no había hecho en su vida nada que pudiera calificarse como bello o bondadoso. La destrucción, los placeres o el egoísmo eran las acciones por las que el senador se distinguía, nunca por sus contrarias.

No es que ello le importara especialmente; tampoco él, por muy patricia que fuera su gens, era mejor. De hecho, también desde su infancia se había dedicado más a actos de destrucción que de creación, como patricio, como legionario y como mercenario vendido al mejor postor. No negaba lo que era y sabía que, si en verdad existía un Averno como el Pontífice Máximo afirmaba, era seguro que iba a ser cordero de ese matadero. No habría perdón divino, por muy sincero que fuera su arrepentimiento, que pudiera hacer olvidar los crímenes que habían jalonado su vida. Pero el caso del senador era distinto. Ténebras era un guerrero, un asesino si se quería; pero era consciente de sus actos. En cambio, sobre la conciencia del senador tenía sus dudas. Saturo era un amoral sin escrúpulos capaz de mandar ejecutar a alguien por capricho y que se guiaba tan sólo por criterios infantiles y estéticos. Sin embargo, a la hora de hablar a la Plebe se autoproclamaba el Paladín de los pobres; y lo curioso era que la multitud, en vez de reír ante semejante disparate, aplaudía a un hombre que estaría dispuesto a matarlos si ello fuera en su beneficio. No podía evitarlo, pero a veces se preguntaba si Lucio Saturo distinguiría el bien del mal y no estaba seguro de poder responder a esa pregunta.

El senador levantó la cabeza sin que por ello el asesino cambiara el gesto.

–Bien, Ténébras, ¿qué dudas son estas?

–No son dudas, son hechos. La verdad es la que ya he informado. La esclava...

–Marcia –corrigió Saturo.

–...La esclava, como decía, acostumbra a esperar a que llegue la noche y, cuando todos duermen, escapa de la casa.

–¿Y eso?

–No lo sé. Sólo sé que escapa durante unas horas y luego regresa.

–¿Y adónde va?

–Lleva cuatro noches yendo a una casa de la Suburra. No tiene habitantes pero sí dueño: Dermio.

–¡Dermio! –exclamó interesado el senador–. ¿El tratante de esclavos?

–El mismo.

–Sin duda que eso es interesante –se rio Saturo–. ¿Y a qué va allí?

–No lo sabemos. Entra, se queda un par de horas y con la misma rapidez de la ida regresa.

–¿Un amante?

–O quizás familia. No hemos querido acercarnos para no ser descubiertos. Hemos vigilado la casa y no se ha visto a nadie que no sea ella entrar ni salir, pero que no los veamos no significa que no estén. Es posible que aquel con quien se reúne sea prudente. Los hombres han querido insistir en esto. Descubrir al acompañante podría revelar nuestra presencia y han preferido no hacerlo porque esas salidas podrían ser el momento oportuno para la acción que deseáis.

–Entonces, ¿por qué esta nota? –preguntó el senador agitando un pequeño pergamino ante él–, ¿por qué me dices que todo esto puede no ser buena idea?

–No estoy seguro, pero hay algo en todo este asunto que no es correcto.

–Quiero creer, Ténébras, que no te refieres al carácter moral de mis actos, sino más bien a un asunto de carácter más estratégico –murmuró Saturo con una fría sonrisa–. ¿Verdad?

–Ya sabe Su Persona que mi salario abarca actos, no opiniones. A lo que me refiero es que no veo claro lo que la esclava hace.

–Explícate.

–La casa de Vero conoce. Hay alguien dentro, quizá todos, que sabe que los vigilamos.

–¿Fallo de tus hombres?

–Lo dudo. La primera vez que fui a observar la zona ya me estaban vigilando.

–Comprendo.

–Vi ojos que me observaban.

–¿Peligroso?

–No debería, sin embargo, hay algo en todo esto que no me gusta. Esas salidas no tienen sentido. Es absurdo. Nadie es tan estúpido como para hacer lo que la muchacha hace.

–¿Es posible que sea un truco pergeñado por Vero?

–No podría decirlo. El senador es inteligente hasta para ser senador. –Ante la mirada severa de Saturo, Ténébras tosió sin disculparse–. La casa en sí es difícil de asaltar, pero eso permite también controlarla mejor. Ellos deben saber que no pueden salir del mismo modo que nosotros no podemos entrar. En ese caso, ¿a qué vienen esas salidas? Debe conocer que esta situación es por ella y, sin embargo, se aventura cada noche.

–¡El amor, Ténébras! –rio el senador–, sin duda el amor puede hacer que una joven haga locuras. Algún hermoso efebo habrá que remueva sus carnes.

–Aquí hay algo más –negó el asesino.

–¿Tienes pruebas? ¿Algo más que tu instinto?

–No, pero mi instinto me ha hecho sobrevivir hasta hoy y lo tengo en estima.

–Quizá demasiada, porque lo cierto es que aquí no hay riesgo. Vero no ha contratado guardianes porque no tiene oro y porque sus estúpidos principios le impiden tratar con indeseables...

—...como hace Su Persona.

—Sí —se burló severo Saturo—, y yo pago lo mejor, o al menos así me has sido recomendado. Sé que eres inteligente como para saber que hombres como tú hay muchos y como yo, pocos. Y menos que estén dispuestos a pagarte como yo lo hago.

—Creo que a pesar de todo tengo el deber de avisar a Su Persona.

—Me doy por avisado; pero entiende tú una cosa, estoy cansado de la vulgaridad que me rodea. Esa joven, Marcia, es un bocado exquisito y para un paladar hastiado como el mío su presencia es una luz que no voy a dejar pasar. No espero que puedas comprender mis sentimientos pues son demasiado elevados para ti; pero que yo piense en poseerla la hace digna de dioses, algo que tú eres incapaz de apreciar pues un gusto como el mío no ha sido otorgado más que a unos pocos elegidos. Así que, o tienes un motivo real por el que deba preocuparme o lo mejor que puedes hacer es dejar de molestarme con tus tonterías.

Ténebras sintió que el orgullo despechado retorció su estómago. Era cierto que tan sólo su intuición le decía que algo no encajaba; pero también era cierto que, a lo largo de los años, primero en la legión y después como sicario, ésta había cumplido conservando su vida y la de los suyos, y que por ello se merecía un bien ganado respeto. Sí, quizá no era senador ni primo del Emperador pero, aunque aquel estúpido no lo supiera, por sus venas corría sangre tan patricia como la suya. Quizás las riquezas que él pudiese lograr en toda su vida no fueran sino migajas para Lucio Saturo y también era verdad que él había dejado atrás su gens por voluntad propia, pero aun así había más honor en cualquiera de sus dedos que en todo el cuerpo del senador. Lo vio delante de él y pensó en lo fácil que sería hacérselo pagar, pero al momento tuvo que descartar la idea. De cometer esa locura sus opciones de salir, no ya de la ciudad sino del edificio, serían nulas y las de una muerte horrible, demasiadas. Resignado, cambió el gesto por primera vez desde que había entrado en la estancia.

—Como Su Persona demande.

Lucio Saturo reía como un niño con su primera espada de madera. Escondido bajo su capa blanca apenas podía contener la emoción. Llevaban dos horas aguardando a la muchacha y disfrutaba del placer futuro casi tanto como de la satisfacción que pudiera obtener más adelante. Ténébras, en cambio, bajaba la vista. No le gustaba el papel que estaba jugando en todo aquello. Los apetitos de Saturo se conocían en toda la ciudad y había muchas damas que habrían dado un brazo por pertenecer a sus conquistas; sin embargo, su gusto parecía preciarse más de sus victorias por fuerza que por grado. Viéndolo imaginó por qué. Tenía la sonrisa del cobarde bordada en los labios y la lascivia del hipócrita en su mirada. Ese hombre no servía para enfrentarse a iguales sino para aplastar inocentes.

En aquel momento deseó que todo acabara. Aquello no era por lo que había luchado en los bosques del Norte ni en los desiertos de Oriente y, desde luego, los compañeros que había dejado en la Mitigonia bajo las flechas cuadas no habían defendido el Imperio para gente como él; pero era su negocio y debía terminarlo. Había escogido a los cuatro sicarios menos escrupulosos que conocía, todos imperiales tal y como exigía Saturo con ese absurdo desprecio que sentía por los bárbaros. Cuando la muchacha saliera, el senador la seguiría con ellos hasta atraparla; y una vez saciado el deseo del patricio y de no quedar tan satisfecho como pretendía, lo que fácilmente podía ocurrir, se la cedería a los sicarios para que se turnaran con una joven que tenía toda la vida por delante y cuyo único pecado había sido ser conocida por el libidinoso Lucio Saturo, senador del Imperio, primo del mismísimo Cleonte, emperador de Etreá.

Por fin, y ante la risita siniestra del senador, se abrió la puerta y la muchacha salió. Ténébras asintió y Lucio Saturo se marchó escoltado por dos de los hombres. Los otros dos interceptarían a la muchacha en el callejón ya convenido. El dado estaba echado y nada había que hacer.

—¡Comienza la caza! —murmuró el senador con deleite en su voz.

El asesino los vio marchar y sintió lástima por la joven, pero al momento tuvo que rectificar, no sentía lástima por ella sino vergüenza de sí mismo.

El momento había llegado. Los tres hombres avanzaban sin hacer mucho por disimular su presencia. Marcia dudó en aligerar el paso, pero comprendió que no tenía sentido. Podía retrasarlo o huir, pero eso únicamente haría que la situación se agravase, que la paciencia de Saturo se agotase y que optase por una solución más drástica, como el asalto a la Casa Vera, algo que ella no estaba dispuesta a permitir.

Volvió a oír los pasos e incluso intuyó una risita de uno de los hombres. Eran tres, pero tampoco eso la hizo confiarse; si todo estaba planeado como pensaba, habría alguno esperándola más adelante para acorralarla. Estaba todo decidido, ella era el ratón perseguido por los gatos.

Ténebras permanecía inquieto frente a la casa. Algo había en aquello que molestaba a su instinto, algo diferente que no procedía de su memoria. Herido en su curiosidad, desenvainó su gladius y se acercó a la puerta. Empujó con su mano el panel y comprobó que cedía. ¿A quién se le ocurriría no cerrar una puerta en Etreá? Ciertamente era que la Suburra no se distinguía por ser especialmente peligrosa, pero aun así cualquier desalmado podría entrar y... ¿y qué?, se dijo, ¿qué hay aquí para que alguien se juegue la vida?

Asomó la cabeza y no vio nada. Aquella era una casa abandonada, compuesta de un atrio en la planta baja y habitaciones en el piso superior. Delante de él no había nada salvo una mesa en la que reposaban una pequeña lucerna de aceite y un taburete. La lámpara todavía estaba encendida, aunque su luz apenas llegaba a las paredes.

Se detuvo bajo el quicio y esperó. La puerta había rozado con el suelo y había hecho ruido suficiente para que cualquiera que estuviera en la casa pudiera escucharlo. Nada ocurrió. Si alguien permanecía allí era suficientemente precavido como para no hacer ruido. Cautamente, dio un paso más hacia la lucerna. Observó de nuevo el piso inferior y, tal y como había divisado en su primera ojeada, comprobó que era una vivienda humilde, una habitación inferior con un pequeño fuego en una esquina, una mesa y un pequeño taburete en el centro. Nada de muebles, platos ni vasos; nada de arcones, utensilios o señas de estar habitada. Y de repente se detuvo en el taburete. ¿Dónde se sentaba su acompañante? Miró a su alrededor y vio el suelo lleno de polvo y que únicamente había en el suelo huellas de la muchacha. Ella había entrado en la casa, había caído, como mostraban sus manos en el suelo, había paseado y después se había sentado. Contempló las escaleras que llevaban hasta el piso superior y comprendió que no tenía que comprobarlo. Las huellas no se acercaban hasta las escaleras. De hecho, a excepción de las del camino a la puerta no había pisadas en otro sitio.

¿Y para qué? ¿Cuál era la razón que hacía huir a una muchacha de su casa durante todas las noches para entrar en una casa abandonada a esperar? ¿Qué sentido tenía? No había explicación lógica. ¿Para qué iba una esclava querida y respetada como una hija a marcharse de su casa? ¿Para qué, si sabía que la vigilaban, huir de la casa de Vero donde estaba protegida? De pronto, como en un relámpago, la solución vino a su mente. No había nadie. La muchacha estaba esperando a alguien, sí, pero no a un amante; los estaba esperando a ellos. La esclava, sabiendo lo que iba a ocurrir, había decidido sacrificarse para que su casa no sufriese ningún daño. Abrumado por la revelación, Ténebras se sentó en el taburete y se sintió más avergonzado todavía. Aquella muchacha era digna de algo que él no merecía, admiración. Era capaz de sufrir con tal de salvar a los suyos. Y por un instante pensó en que le hubiera gustado mantener esa misma fe en sus principios y en la desgracia que suponía para el mundo que una mujer así acabara en manos de Lucio Saturo.

La esperaban en el callejón de Luce. Lo supo antes de que aparecieran. Era un callejón alargado y estrecho en el que había puertas pero no ventanas que pudieran albergar miradas indiscretas. Una vez que los hombres estuviesen allí no habría escapatoria. Todo estaba hecho. Entonces detuvo el paso y escuchó que los hombres que venían detrás se detenían.

—Mi querida Marcia! ¡No puedes imaginar el enorme placer que significa verte! —dijo una voz que recordaba perfectamente.

Ella contempló la luna y la vio plena. Se centró en las estrellas y recordó los cielos de su tierra natal. Hacía más de tres años que no la veía. No echaba de menos Mütterjaase ni a sus compañeros, pero seguía añorando a Drakko, un fuerte alazán con el que había cabalgado entre los bosques. Se giró sobre sí misma y divisó al senador Saturo. Lentamente, se llevó las manos a la capucha y la descubrió para que los hombres la contemplaran.

—¡Esta noche estás más bella que nunca, querida!

Tras ella los dos sicarios que la esperaban salieron de las sombras para atajarle el paso. Se equivocaban, no tenía intención de huir. Mentalmente trató de situar a unos y a otros mientras avanzaban hasta ponerse a su lado. Eran cinco, el senador, dos flanqueándola y otros dos a su espalda. Sin hacer gesto alguno, memorizó su posición y notó que le sudaban las manos.

Ténebras se llevó la mano a la cabeza. Seguramente ya estarían... ¡Maldito Dermio! ¿Cómo se te ocurrió venderla? Y al pensar aquel nombre se detuvo: Dermio. La casa pertenecía a Dermio. ¿Para qué quiere esta casa Dermio? Dermio, el sibarita corrupto y sin escrúpulos, el ladrón y traficante. Con gesto hosco, comprendió que seguía habiendo demasiadas piezas que no encajaban. Dermio vendió a Marcia, ¿a qué precio? No pudo ser alto o Vero no podría haberla comprado.

¿Por qué? La muchacha es muda, pero eso no es necesariamente un problema. Vendida como concubina, como criada, como cocinera, vale más callada que habladora. Y más aún, ¿por qué a Vero? Con su belleza cualquier patricio hubiera pagado lo que se le hubiera pedido. ¿Desde cuándo alguien como Dermio rechazaba la posibilidad de conseguir más oro? Mirando a su alrededor, se preguntó en silencio. ¿Y por qué esta casa? De acuerdo con que Dermio quiera una casa en Suburra pero, ¿para qué tenerla vacía?

Extrañado por sus nuevos pensamientos, miró hacia delante y observó la puerta por dentro. Sus ojos se entornaron e instintivamente su mano buscó la lucerna. Se levantó hacia ella y vio que la madera tenía pequeñas hendiduras. Alzó la luz y la acercó para verlas bien. Eran más anchas de lo que en un principio parecían, pero sobre todo más profundas, como si alguien las hubiera hecho golpeando repetidas veces. Aquello parecía... Conmocionado, se giró nuevamente y vio las huellas en el suelo. Había restos de pisadas y manos, signo de que había caído. ¿Caído? Imposible, había demasiadas. ¿Cuántas veces habría tenido que caer para dejar esas huellas? Elevó su mano y la vio abierta. Palmas abiertas. ¿Cuándo has dejado tú esas huellas?, se preguntó. Al ser adiestrado. Nuevamente miró hacia la puerta. La hendidura no era única, sino producto de no menos de cincuenta o sesenta golpes, todos realizados a la altura del torso de un hombre. Se giró de nuevo y contempló las huellas. Caminó cinco pasos y se puso sobre ellas. Pies paralelos y perpendiculares a la puerta; alzó un brazo. Giró noventa grados y cerró los ojos: uno, dos, tres, y nuevamente volvió a alzar el brazo. Repitió el gesto dos veces más y al terminar se dio cuenta de que estaba en el punto de partida. Salvo las diferencias debidas a constitución y estatura, la coincidencia era perfecta. Cuatro direcciones. Delante, de espaldas, izquierda, derecha... La esclava no había estado esperando; había estado entrenándose.

Con asombro pensó en todas las circunstancias y no pudo creerlo. Era imposible. ¿Una mujer? ¿Qué clase de mujeres se entrenan?

Entonces su memoria le trajo una frase que ya no recordaba dónde había escuchado. *Aravacos: brujas y demonios*. Su pensamiento se dirigió hacia Saturo. Altísimo Señor, pensó mientras recordaba la frase del senador: comienza la caza. En silencio se dejó caer en el taburete y con las piernas temblándole comprendió lo que estaba pasando. ¡Estúpido!, pensó. ¡Ésta es la guarida del cazador! De pronto, Ténebras sintió un escalofrío recorrerle el cuello y llevó su mano a la gladius. Sintió la tentación de echar a correr, pero el recuerdo del desprecio de Saturo lo detuvo. Tranquilo, se dijo al tiempo que cerraba los ojos. Los hombres pueden protegerlo; y si no, sonrió, será un combate justo. Ella los sorprenderá tanto como ellos esperan sorprenderla. Con un gesto cruel recordó al senador y su risita nerviosa. Los dados están echados. Con cuidado se levantó, envainó la gladius, apagó la lucerna y salió a la calle. Comprobando que no había miradas indiscretas dirigió la vista hacia el cielo y murmuró: ¡Suerte, muchacha! Y tras eso comenzó a andar hacia su casa despreocupándose de un negocio que para él ya había terminado.

Lucio Saturo disfrutaba, pues la joven lo miraba consciente de todo lo que estaba ocurriendo y no parecía mostrar temor. Eso es agradable, pensó. Odio los gritos de las mujeres. La estaba contemplando allí, perfecta, escondiendo bajo su manto negro un cuerpo voluptuoso que pasaría a ser de su disfrute en pocos momentos y ya casi sentía el calor del placer bullir en su sangre.

—¿Algo qué decir? —preguntó con ironía—. ¡Oh, disculpa! ¡Olvidé que no puedes hablar!

Los hombres rieron y el senador los vio relamerse excitados. Iba a ser una noche memorable. Entonces la joven agachó la cabeza y el senador creyó escuchar algo en un idioma desconocido para él. Estupefacto, comprobó que era Marcia la que salmodiaba:

*Küper maine väters, yülde grandpë maine.
 Jazt Ij kämme begüiren humblen sie.
 aff batter et selven nawaret.
 Nach debte zu paten Ij kämme, nach lieffe zu paten Ij kämme.
 Weder würdet Ij vin maine küpt et weder nat Ij würdde, mainen tachel.
 Ins dieser dübte tange maine helfet als mitt jabrat deier kämel sie machgre,
 kass nat vür maine Ij prächche, Vür meines brädder ich tealle.
 Die namütter sie teale, ajans na vear gerieden.
 Kass maines akkts an sieder nümme siend,
 et aff prauter fat maine tachel, et aff liebber fat maine gieffel.
 Uns maine nieme et uns allas maine
 sie fielle zu schauen sie Ij blämme¹⁰.*

—¿Qué estás diciendo? —preguntó inquieto.

Los hombres se miraron intrigados. ¿No era muda?, parecieron preguntarse. Para cuando Marcia hubo terminado ya no había sonrisas en ellos sino una extraña inquietud. Algo había cambiado. Marcia tenía un gesto severo y en la comisura de sus labios vieron un brillo especial, un secreto no revelado. Súbitamente, a Saturo le vino a la mente la advertencia de Ténébras y pensó en que quizás debiera decir algo a los hombres. Al momento comprendió que debía haberlo hecho. Quiso hablar, pero los brazos de ella fueron más rápidos que su lengua. Notó cómo su mirada brillaba de excitación y cómo los iba extendiendo en dirección a sus compañeros mientras él comenzaba a sentir miedo.

El senador Saturo no pudo entender lo que estaba pasando. Vio sus brazos extendidos, pero no fue eso lo que llamó a su pánico sino la seguridad de que de ellos había salido algo. En ese instante los dos hombres a los que había apuntado se llevaron las manos hacia sus cuerpos. Uno de ellos, el que estaba a la izquierda, las puso sobre su cuello intentando contener la lluvia de sangre que había brotado de él; el otro, incrédulo, se llevaba la mano hasta el corazón para contemplar con estupefacción que un pequeño borde oscuro asomaba por su camisa antes de caer de bruces hasta el suelo.

10 Debido a su extensión ofrecemos la traducción de la Oración de los Padres Protectores a final del capítulo. (N. del Editor).

Sin detenerse a mirar hacia sus dos víctimas, la esclava se giró y los hombres que estaban detrás de ella, todavía atónitos, la vieron hacer de nuevo el movimiento que había realizado antes. Uno de ellos intentó girarse para sentir un agudo dolor en el hombro, mientras el que estaba junto a él caía hacia atrás con una empuñadura sobresaliendo en su frente. El hombre contempló al compañero que se retorció intentando detener la hemorragia del cuello y comprendió que no podía hacer nada excepto salvarse. Por un momento pensó en salir corriendo, pero cambió de opinión y llevó su mano a la espada. No pudo hacer más que eso, pues de un salto la muchacha ya se había situado ante él y con un golpe certero le había atravesado la mandíbula de una puñalada.

Saturo contempló los hechos paralizado por el horror. Tras ver a Marcia ejecutar al sicario sin cambiar el gesto, dirigió su mirada hacia el hombre que intentaba conseguir una brizna de aire para respirar y al que no le quedaba más de un minuto de vida. Comprendió que no tenía escapatoria, que ella era más veloz que él, más fuerte y que con otro de esos puñales que por arte de brujería sacaba de las mangas lo mataría antes de que pudiera hacer nada.

La situación había cambiado; ya no era el cazador sino la presa y aquel pensamiento hizo que una sensación cálida y húmeda corriera por sus muslos. Balbuceando, comenzó a dar pasos hacia atrás mientras Marcia se dirigía hacia él de forma decidida. Pensó en la espada que llevaba en ocasiones en sus correrías nocturnas y que aquella noche había desechado, pero no tuvo tiempo para más pues la esclava llegó hasta él y le dio un puñetazo que le hizo caer hacia atrás.

Ni siquiera sintió el golpe. Su miedo era tal que ni siquiera el dolor le afectaba. Estaba muerto y lo sabía. Aun así, sacó fuerzas de flaqueza y pudo articular algunas palabras.

—¿Quién eres? ¿Qué eres? —murmuró mientras veía caer su rodilla sobre su pecho.

Y ella, con un dulce acento bárbaro respondió:

—Namütter soy, y mi nombre —dijo mientras le brillaban los ojos—, es Sphinx.

Y antes siquiera de que su víctima pudiera abrir la boca para gritar, la mano cayó rápida sobre su cuello salpicando de sangre el manto blanco del senador Lucio Saturo, primo segundo del emperador Cleonte.

NOTA DEL EDITOR.

Pese a que las traducciones más habituales de la "Oración de los Padres Protectores" son las de los profesores Richmänn y Hoodlon, nosotros nos hemos inclinado por la de H. Gerbolin, más ajustada al texto original y, sobre todo, para alejarnos de los sesgos que dichos doctores le han dado para apoyar sus respectivas tesis historiográficas.

Oración de los Padres Protectores

*Padres protectores, antepasados míos.
Hoy me presento ante vosotros humilde,
desnuda de mal y egoísmo.
Vengo para pagar una deuda; vengo para saldar una vida.
Protegedme si soy digna de ello y arrancádmela si no lo merezco.
Ayudadme en esta hora incierta como hicisteis con los que antes vinieron,
pues no es por mí por quien pido sino por mis hermanos lloro.
La hija sin madre os solicita cabalgar otra vez sin miedo,
pues mis actos son en nombre vuestro,
del honor que me enseñaron, del amor que me dieron.
En mi nombre y en el de todos los míos
compartir vuestro honor os ruego.'*